

diferencia de que ese individuo es una persona aun menos estimable que mi madre, si es posible. ¿Qué hizo antes de marcharse? Ustedes no lo creerían nunca... — El Sr. Bounderby daba un golpe en el fondo del sombrero, á cada final de frase, como si el mismo hubiera sido una pandereta — si les digo que se le vió durante tres días en acecho junto á la causa de banca? ¿Que se le vió rondar, al caer de la tarde, por los alrededores? ¿Que la Sra. Sparsit se dijo que no podía rondar por allí con buena intención? ¿Que esta dama llamó la atención de Bitzer sobre ese individuo, y que lo han observado ambos? ¿Si les digo que, segun informes tomados hoy, parece que también se fijaron en él los vecinos?

Ahora que había ya llegado al punto culminante de su discurso, el Sr. Bounderby, al estilo de los danzantes orientales, se encasquetó la pandereta.

— Esto infunde sospechas — dijo James Harthouse. — He de convenir en ello.

— También lo creo, caballero — dijo Bounderby, con aire de desafío — también lo creo. Pero Blackpool no estaba solo. Hay una vieja. Uno no se entera de esas cosas sino cuando el mal está ya hecho; no bien se roba el caballo, se descubre que la puerta de la cuadra cerraba mal; ahora se trata de una vieja: de una vieja

que acostumbra llegar á la población en un mango de escoba, de tiempo en tiempo. Acecha la casa durante todo un día, antes que el otro la releve, y la noche en que vió V. á su cómplice, se fué con él, para celebrar consejo é informarle, al sustituirla en su facción... y ¡ que el diablo se la lleve!

La noche en que lo visité había una anciana en la habitación, y se había apartado de los demás, pensó Luisa.

— Esto no es todo. Aun se sabe más sobre ellos — continuó Bounderby, con varios movimientos de cabeza, un tanto misteriosos. — Por ahora he dicho ya bastante. Tengan la bondad de no propalarlo: no hablen de ello á nadie. La buena política aconseja dejarles un poco de las riendas, al principio. No hay peligro en ello. Naturalmente, se les castigará según *todo el rigor de las leyes*, como dicen los abogados callejeros, y estará muy bien. La gente que saquea los bancos debe sufrir las consecuencias de tal desmán. Si no hubieran consecuencias, iríamos todos á saquear los bancos.

Con lentitud había tomado la sombrilla de manos de Luisa y la había abierto, de manera que pudiese ella andar bajo su sombra, aunque no hiciera sol.

— De momento, Lu Bounderby — dijo su

marido — tendremos que ocuparnos de la Sra. Sparsit. Los nervios de la Sra. Sparsit han sufrido mucho con este asunto, y se quedará aquí un día ó dos. Así, pues, procura calmarla.

— Muchas gracias, señor — observó la discreta dama — pero no piense en mí, se lo ruego. No necesito nada.

Se hizo al punto evidente que, si algo podía impugnarse á la Sra. Sparsit en sus relaciones con el interior doméstico del Sr. Bounderby, era que se ocupaba poco de ella y mucho de los demás; lo que la hacía cargante. Cuando se le indicó su cuarto, mostróse impresionada de modo tan horrible por el aspecto confortable de la habitación, que hubiérase creído que deseaba pasar la noche en la mesa de la cocina.

— Verdad es que los Powler y los Scadgers estaban acostumbrados al lujo, pero mi deber es acordarme — hacía observar la Sra. Sparsit, con gracia altiva, especialmente cuando se hallaba delante de algún criado — que no soy ya lo que era. A la verdad — anadía — si pudiese borrar el recuerdo de que el Sr. Sparsit era un Powler, ó que estoy unida á la familia Scadgers, ó si estuviera en mi mano cambiar lo sucedido y hacer de mí una persona de humilde origen,

emparentada con gente corriente, lo haría de buena gana. Creería, á tenor de las circunstancias, que es mi deber hacerlo.

Hállandose en la mesa, la impulsaba igual espíritu de abnegación á rechazar los platos succulentos y los vinos, hasta que el Sr. Bounderby le ordenaba formalmente que tomase de ello. Entonces ella respondía: « A la verdad, señor, es V. demasiado bueno »; y renunciaba, por obediencia, á su firme resolución de *coquer*, como lo había anunciado de modo categórico, un simple pedazo de carnero. Se deshacía en excusas, cuando necesitaba un poco de sal; y como era demasiado amable para no corroborar, tanto como posible fuese, el testimonio del Sr. Bounderby sobre el mal estado de sus nervios, se apoyaba una que otra vez en el respaldo de su silla y lloraba en silencio. Entonces podía verse (ó mejor se estaba obligado á ver, pues ella atraía sobre sí la atención general) una lágrima de gran dimensión, parecida á un pendiente de cristal, que se deslizaba por su nariz romana.

Pero el rasgo dominante de la Sra. Sparsit, desde el principio al fin, era su resolución inquebrantable de compadecer al Sr. Bounderby. A veces, mirándole, no podía menos de mover la cabeza, como si dijera: « ¡ Ay, pobre

Yorick! » Después de traicionarse, á despecho suyo, con estos signos exteriores de emoción, sonreía ligeramente, ofreciendo resplandores de alegría, y decía con amenidad: « Conserva V. su buen humor, señor, y doy gracias por ello al cielo. » Parecía considerar como una verdadera bendición el hecho de no haber sucumbido el Sr. Bounderby bajo el peso de sus infortunios. Otro rasgo singular, que á duras penas podía vencer, era que siempre se desahacía en excusas. Mostrábase inclinada á llamar Srta. Gradgrind á la Sra. Bounderby, lo cual efectuó más de sesenta veces en el transecurso de una noche. La repetición de este error producía en la Sra. Sparsit una especie de turbación modesta; pero á la verdad, decía ella, le parecía muy natural decir Srta. Gradgrind, al paso que no podía figurarse que fuera esposa del Sr. Bounderby la joven á quien había tenido la suerte de conocer de niña. Otra singularidad de este *quidproquo* inconcebible, era que, por más que pensara en ello, seguía pareciéndole imposible, « dado que la diferencia era tan notable », según hacía observar.

En el salón, después de comer, el Sr. Bounderby sentenció en último recurso y en autoridad privada el asunto del robo, examinando á los testigos, tomando nota de sus declaracio-

nes y condenándoles á las penas más rigurosas. Terminado el proceso, se envió á Bitzer á Cokeville, con orden de que encargara á Tom que regresase en el expreso.

Cuando se encendieron las luces, la Sra. Sparsit murmuró:

— No esté V. tan abatido, señor. Quisiera verle alegre como antes.

El Sr. Bounderby, á quien este consuelo volvía estúpidamente sentimental, suspiró como una gran foca.

— No puedo verle de este modo, caballero — dijo la Sra. Sparsit. — Pruebe una partida de chaquete, señor, como cuando tenía yo la honra de vivir bajo su mismo techo.

— No he tocado desde entonces el chaquete, señora — dijo Bounderby.

— No; ya lo sé — dijo la Sra. Sparsit, con acento de conciliación. — Recuerdo que este juego no interesa á la Srta. Gradgrind. Tendría una satisfacción, señor, en que V. se dignara...

Se pusieron á jugar junto á una ventana que daba al jardín. La noche era bella: no había claridad de luna, pero el ambiente era cálido y embalsamado. Luisa salió con el Sr. Hart-house á dar una vuelta por el jardín, de donde se oyeron sus voces en el silencio de la noche, pero no lo que decían. La Sra. Sparsit, desde

su sitio, pugnaba por mirar á través de la oscuridad exterior.

— ¿Qué ocurre, señora? — preguntó el Sr. Bounderby. — ¿Vé V. algún incendio?

— ¡Oh no! — respondió la Sra. Sparsit. — Pensaba en el rocío.

— Y, ¿porqué le interesa el rocío, señora? — dijo el Sr. Bounderby.

— No por mí, señor — replicó la Sra. Sparsit — pero temo que se constipe la Srta. Gradgrind.

— No se constipa nunca — dijo el Sr. Bounderby.

— ¿De veras, señor? — dijo la Sra. Sparsit. Y tuvo un acceso de tos en la garganta.

A la hora de retirarse, el Sr. Bounderby pidió un vaso de agua.

— ¿Cómo, señor? — dijo la Sra. Sparsit. — Y, ¿su jerez caliente, con limón y moscada?

— A la verdad, he perdido ya la costumbre de tomarlo — dijo el Sr. Bounderby.

— ¡Es lástima, señor! — replicó la Sra. Sparsit. — Pierde V. todas sus buenas costumbres antiguas. ¡Un poco de ánimo, señor! Si lo permite la Srta. Gradgrind, me ofrezco á prepararle su copa de jerez, como en otro tiempo.

Habiendo la Srta. Gradgrind permitido de muy buena gana que la Sra. Sparsit hiciese todo lo

que quisiera, esta dama, llena de delicadas atenciones, confeccionó el brevaie y lo presentó al Sr. Bounderby.

— Esto le hará bien, señor. Esto le calentará el corazón. Es lo que le hace falta, y no debiera V. dejar de tomarlo.

Y cuando el Sr. Bounderby dijo: « ¡A la salud de V., señora! », ella respondió con hondo sentimiento:

— Gracias, señor. El mismo voto hago por V., y le deseo toda la felicidad posible.

Finalmente, le dió las buenas noches de un modo patético, y el Sr. Bounderby fué á acostarse, convencido, en su ánimo idiotizado, que había sentido una contrariedad sensible, no pudiendo precisar de qué ni de quién tenía que quejarse.

Mucho después de desnudarse y acostarse, Luísa estuvo aguardando la llegada de su hermano. Sabía que no podía entrar, por lo menos, antes de la una de la mañana; pero en el silencio melancólico del campo, no muy propicio á calmar la agitación de su alma, el tiempo le pareció muy largo. Después, cuando la oscuridad y el silencio parecieron haberse recrudecido, oyó llamar á la verja de entrada. Le pareció haber deseado que la campanilla resonara de aquel modo durante todo el día; pero cesó el ruido, y

sus últimas vibraciones se perdieron por el aire, quedando muda otra vez la noche.

Aguardó como un cuarto de hora, á lo que le pareció. Entonces se levantó, púsose una bata y salió de su cuarto, en medio de la oscuridad, subiendo á la habitación de su hermano. La puerta estaba cerrada : la abrió sigilosamente y llamó á Tom, acercándose á su cama en silencio.

Se arrodilló junto á ella, rodeó con el brazo el cuello de su hermano y atrajo hacia sí el semblante de Tom. Sabía bien que no dormía, que solo lo simulaba, pero no dijo nada.

De repente él tembló, como si acabara de despertar en sobresalto :

— ¿Qué hay? — dijo. — ¿Qué hay?

— Tom ¿no tienes nada que decirme? Si alguna vez me has querido y tienes un secreto, que quieras ocultar á los demás, comunicámelo.

— No te comprendo, Lu. Sin duda te levantas de la cama y aún sueñas.

— Querido hermano—y puso su cabeza en la almohada, cubriendo, con sus cabellos, el rostro de Tom, como si hubiera querido ocultarlo á todas las miradas, menos á la suya — ¿no tienes que decirme nada? ¿No hay nada que puedas decirme, si quieres? Nada de lo que me digas alterará mi cariño por tí, ya lo sabes. Te lo ruego, Tom, dime la verdad.

— No te comprendo, Lu.

— Del mismo modo que estás ahí acostado, Tom, en la noche triste y sombría, estarás en alguna otra parte algún día, y tal vez tu propia hermana, si vive aún, se verá obligada á separarse de tí. Del mismo modo que estoy junto á tí, con los pies desnudos y á medio vestir, estaré extendida en la noche de la muerte, hasta que me deshaga en polvo. ¡En nombre de aquella noche, Tom, dime ahora la verdad!

— ¿Qué quieres saber?

— Puedes estar seguro (con la energía de su amor, lo estrechó contra su pecho, como si hubiera sido un niño) de que no te haré ningún reproche. Puedes estar seguro de que te compadeceré y seré siempre tu amiga. Puedes estar seguro de que te salvaré, cueste lo que cueste. ¡Oh Tom! ¿no tienes nada que decirme? ¡Habla quedo, dime solamente *si*, y te comprenderé!

Llevó el oído hacia los labios del hermano; pero éste guardó silencio obstinado.

— ¿Ni una palabra, Tom?

— Como quieres que te diga *si*, como quieres que te diga *no*, ¿si no entiendo? Lu, eres una buena muchacha y digna de tener un hermano mejor que yo. Pero no tengo nada más que decirte... Vete á la cama, vete á la cama.

— Estás cansado — dijo ella, al cabo de

unos minutos, con acento ya más parecido á su voz ordinaria.

— Sí, estoy abrumado de cansancio.

— ¡Has estado tan ocupado y molesto hoy!.. ¿Se ha descubierto algo más?

— Nada más de lo que sepas de parte de... él.

— Tom, ¿has dicho á alguien que fuimos á casa de aquella gente y que los vimos á los tres juntos?

— No. ¿No me rogaste que no dijera nada, cuando fuimos á su casa?

— Sí. Pero yo no sabía lo que iba á suceder.

— Ni yo tampoco. ¿Cómo hubiera podido saberlo?

En la vivacidad de esta respuesta había mucho mal humor.

— ¿He de decir, después de lo ocurrido — repuso la hermana, de pie junto al lecho (se había retirado y levantado gradualmente)— que hice esa visita? ¿Debo decirlo? ¿Qué he de hacer?

— ¡Por Dios, Lu! No acostumbras á pedirme consejos. Dí lo que quieras. Si lo callas, haré lo que tú. Si hablas, bien; se habrá dicho todo.

La oscuridad era demasiado intensa para que pudieran distinguirse, pero ambos parecían estar muy atentos y reflexionar seriamente, antes de hablar.

— Tom ¿crees tú que el hombre á quien dí dinero está verdaderamente comprometido en este crimen?

— No sé nada. No veo porque no pueda estarlo.

Se produjo entonces un instante de silencio, porque él había vacilado y enmudecido.

— Escucha — dijo Tom, como si hubiese tomado una resolución — hablándote con franqueza, te diré que estaba tan lejos de tener buena opinión de él, que le hice salir á la escalera, para decirle sencillamente que debía estar contento de la suerte que tuvo con la visita de mi hermana, esperando yo que haría buen uso de su donación. Ya sabes si le hice salir ó no. Por lo demás, nada he de declarar en contra suyo, tengo razón en creer que sea un buen muchacho, y esperó que no tenga nada que ver en ello.

— ¿Se enfadó con lo que le dijiste?

— No; tomó muy bien la cosa: sus modales son buenos. ¿Dónde estás, Lu? — Se sentó en la cama, para darle un beso. — Buenas noches, querida mía, buenas noches.

— ¿No tienes nada más que decirme?

— No. ¿Qué quieres que te diga? ¿No quieres hacerme decir una mentira?

— Oh no, por cierto: hoy menos que nunca.